

Pedro de Alvarado atendió mientras tanto á reparar los caminos y á cegar las acequias para que pudieran pasar los caballos; y en estas tareas se emplearon tres dias, habiendo tenido en todos ellos varios encuentros con los enemigos.

Alvarado quedó en Tlacopan con su division, y Cristóbal de Olid fué á Culnacán con la suya, segun las instrucciones que habian recibido de Cortés.

Hiciéronse fue tes en las casas de los caciques, que eran las que más seguridad ofrecian, y durante una semana se ocuparon en reunir provisiones, que traian de los pueblos de la sierra.

Capítulo CVII.

Donde el lector verá los destrozos que los bergantines causaron en los indios, y el cómo logró Cortés entrar en la ciudad imperial.

Al saber Guatimozin las disposiciones que habia tomado Cortés para sitiarse la ciudad, llamó á los capitanes y altos dignatorios del imperio para deliberar con ellos acerca de la conducta que debia observar en vista de las circunstancias.

—No hay tiempo que perder,—les dijo;—los españoles se preparan para darnos la batalla, y yo no sé qué nos conviene más, si salir á combatirlos ó celebrar con ellos un tratado de paz.

—Mi opinion,—dijo uno de los circunstantes,—es que debemos sostener la guerra. Contamos con mayor número de soldados; y además, la posicion que ocupamos es muy ventajosa.

—Pues yo creo, por el contrario,—añadió otro,—

que la guerra será desastrosa, y que ningun resultado favorable deberemos esperar de ella.

—¿Es decir,—exclamó el primero,—que para vos nada significa la independencía, el amor á la patria?

—No por cierto; pero ante el peligro de males más graves, debe sacrificarse el honor de la patria, siempre que redunde en beneficio de la misma.

—Lo primero que en mi concepto debe hacerse,—añadió un tercero,—es sacrificar en aras de los dioses á los españoles que tenemos prisioneros.

—Temerario me parece el consejo, porque dará lugar á represalias crueles. Es preciso hacer justicia á los extranjeros. Hasta ahora no han derramado sangre más que cuando se han visto acometidos. Por lo demás, en todas ocasiones han apurado los medios conciliatorios antes de apelar á las armas.

—Cuando habláis así, no recordáis sin duda los atropellos que han cometido con nuestros hermanos. Es preciso escarmentarlos de una vez para siempre.

—¡Sí, que mueran!—exclamaron á coro la mayor parte de los que asistían á aquella reunion.

Algunos opinaron que debía consultarse á los dioses, y para hallarlos propicios se sacrificasen antes algunos españoles.

Guatimozin deseaba la paz con los extranjeros, porque adivinaba los desastres que produciría la resistencia.

Pero viendo el espíritu que dominaba en aquella asamblea, consintió en que fueran sacrificados cuatro

españoles y muchísimos indios de los que se habían rebelado contra el imperio.

Algunos historiadores hacen subir el número de las víctimas hasta cuatro mil.

Después acudió el soberano al templo de Huitzilopochtli, y habiendo permanecido largo tiempo en oración, salió diciendo, inspirándose siempre en el espíritu que dominaba en sus consejeros, que los dioses le aseguraban que no temiese á los españoles, que eran pocos, y que los que les acompañaban no perseverarian en ayudarles.

Añadió que el mismo dios de la guerra pelearía á su lado, y que, por lo tanto, debía aguardarse á los españoles sin temor alguno.

Mandó en seguida destruir los puentes, hacer baluartes, armar cinco mil barcas y defender la ciudad; y en estas operaciones estaban ocupados cuando llegaron Cristóbal de Olid y Pedro de Alvarado á apoderarse de los puentes y á cortar el agua á Méjico.

Alentados los mejicanos por las palabras de Guatimozin, no se alarmaron al aproximarse los españoles; antes por el contrario, les decían:

—Venid, venid, que con vuestra sangre alimentaremos todas las culebras de nuestros bosques y con vuestra carne mantendremos á los tigres, que ya están cebados con despojos de cristianos.

Otras veces, dirigiéndose á los tlascaltecas, exclamaban:

—¡Ah, cornudos! ¡Ah, esclavos! ¡Ah, traidores á vuestros dioses y á vuestro rey! ¡No os quereis arre-

pentir de lo que haceis contra vuestros señores? Pues morireis de mala muerte, porque ó pereceréis de hambre, ó á los golpes de nuestros cuchillos, ú os prenderemos y comeremos, haciendo de vosotros el mayor sacrificio y banquete que jamás en esta tierra se celebró! Y como juramento de que cumpliremos lo que acabais de oír, os arrojamos esos brazos y piernas que pertenecen á hermanos vuestros, que han sido inmolados en el ara. Si no os entregais, asolaremos vuestras casas despues de la victoria, y no quedará uno solo de vuestro linaje.

Los tlascaltecas se burlaban de estas amenazas y respondian:

—Más os valdria someteros á la obediencia de Hernan Cortés, porque de lo contrario tened entendido que pagareis con la vida vuestra audacia.

Cortés, que tenia noticia de estas escenas, envió delante á Gonzalo de Sandoval á tomar á Iztacpalapa, y él se embarcó en la misma direccion.

Sandoval comenzó á combatir aquel lugar por una parte, y los vecinos, deseosos de guarecerse en Méjico, salieron por la otra, recogiendo en las barcas.

Los españoles se apoderaron de la ciudad y la prendieron fuego.

Cortés, en tando, llegó á un peñon que se alzaba en medio de la laguna y es taba ocupado por mucha gente de Calúa.

En cuanto divisaron los bergantines encendieron grandes hogueras para dar la voz de alarma y cuan-

do se aproximaron arrojaron sobre ellos multitud de flechas y piedras.

Cortés saltó con ciento cincuenta compañeros, combatió tenazmente, y consiguió ganar las albarradas que para mejor defensa tenian hechas.

Subió á la cumbre, aunque con bastante dificultad, y la matanza fué tal, que no dejó á uno con vida, á excepcion de las mujeres y niños.

Los españoles tuvieron veinticinco heridos, algunos de ellos de consideracion.

Las hogueras anunciando que se acercaban los extranjeros, aumentaban por momentos, y al rededor de la laguna y de la sierra derramaban su resplandor siniestro.

Los de Méjico salieron en sus barcas, y algunos personajes del imperio tomaron quinientas de las mejores, adelantándose para pelear con los extranjeros.

No sólo les impulsaba el deseo de vencer, sino la curiosidad de saber qué eran aque llas naves de tanta fama.

Cortés se embarcó llevando muchas alhajas de las que se habia despojado á los vencidos y mandó á los suyos que estuviesen unidos y no hostilizasen á los enemigos, para que estos, atribuyendo á cobardía su conducta, acometiesen y les fuese más fácil destruirlos.

Los de las quinientas barcas caminaron á todo remo.

En breve tiempo llegaron tantas canoas, que llenaban la laguna.

Daban tantas voces los que las tripulaban, hacian tanto ruido; con atabales, caracoles y otras bocinas, que apenas se entendian unos á otros.

Cuando el combate iba á empezar, sobrevino un viento tan favorable á la escuadra de Cortés, que todos atribuyeron á milagra.

—Alabemos todos á Dios,—dijo el caudillo á sus capitanes.—El Señor se ha servido concedernos este auxilio para asegurar nuestra victoria. Arremetamos todos á un tiempo hasta encerrar á los enemigos en Méjico. Del éxito de este combate depende nuestro porvenir; que cobren miedo á los bergantines en este primer encuentro, y nada tendremos que temer en lo sucesivo.

Y al terminar estas palabras dió la voz de mando y embistieron todos á un tiempo con las canoas, que ya empezaban á huir, porque el viento les era desfavorable.

Con el ímpetu que llevaban destrozaban á unas, echaban á otras á fondo y perecian cuantos las tripulaban.

Bien es verdad que las canoas eran tantas, que unas á otras se estorbaban y no podian maniobrar.

Siguéronlas los españoles más de dos leguas, y las acorralaron en la ciudad.

No se pudo saber cuantos fueron los muertos; pero debieron ser muchos, toda vez que la laguna estaba cuajada de sangre.

Alvarado y Cristóbal de Olid, al ver el estrago que hacia Cortés en los de las barcas, entraron por

la calzada con sus tropas, combatieron y tomaron ciertos puentes y albarradas, y con el auxilio de los bergantines pusieron en dispersión á los enemigos, haciéndoles saltar al otro lado de la laguna.

Regresaron los españoles, y como Cortés no veía ya canoas, y por lo tanto, nada tenia que temer, saltó en la calzada que empieza en Iztacpalapa con treinta españoles, y despues de apoderarse de dos teocalis y destruir los ídolos, mandó disparar tres piezas de artillería, con lo que desembarazó por completo la calzada.

Un descuido de uno de los artilleros pudo ocasionar graves desgracias.

Se incendió el depósito de pólvora y aunque no hubo que lamentar desgracia alguna personal, fué una pérdida de consideracion en aquellos momentos.

Cortés envió á pedir pólvora á Sandoval, ordenándole al propio tiempo que mandase cincuenta españoles y la mitad de la gente de Caluacan.

Noche de angustia y de temor fué para Cortés la que siguió á los sucesos que acabamos de relatar.

Se encontraba únicamente con cien soldados, porque los demás se hallaban á bordo de los bergantines, y con tan escasas fuerzas tuvo que resistir á los infinitos enemigos que en barcas y por la calzada se acercaban con amenazadora gritería.

Pero con el auxilio de los disparos que hacian los bergantines logró dispensarlas.

Al amanecer llegó el refuerzo que enviaba Cristóbal de Olid.

Consistía en ocho caballos y unos ochenta peones. Los mejicanos combatían de nuevo por agua y tierra; pero Cortés salió á su encuentro, les persiguió por la calzada, ganó un puente con su baluarte, y les hizo tal destrozo con los cañones y caballos, que les obligó á encerrarse en las primeras casas que encontraron.

Quedó, pues, gracias á su valor, dueño de las dos lagunas. Al día siguiente partió Gonzalo de Sandoval de Iztacpalapa para Culucan, y en el camino tomó y destruyó una pequeña ciudad próxima á la laguna.

Cortés le envió dos bergantines para que, sirviéndole de puente, pasase el ojo de la calzada que habían roto los enemigos.

Dejó Sandoval su gente con Cristóbal de Olid, y seguido de diez caballos, fué á reunirse con Cortés.

Cuando llegó encontró al caudillo empeñado en sangrienta lucha con los mejicanos.

Ayudóle á pelear, y recibió una pedrada que le hizo una gran herida en un pié.

Cortés, terminada la batalla, distribuyó su gente de la manera más conveniente, y se proveyó de víveres de todas clases.

Seis días tardó en estos preparativos, y habiendo hallado canales que les permitían navegar al rededor de la ciudad, entraron en Méjico y quemaron muchas casas de los arrabales.

Cercóse la ciudad por cuatro partes.

Cortés se situó entre dos torres de la calzada que ataja las lagunas.

Pedro de Alvarado fué á ocupar Tlacopa y Cristóbal de Olid estableció sus reales en Culucan.

Gonzalo de Sandoval creyó oportuno quedarse en Xaltoca, porque Alvarado y otros dijeron que por aquella parte se saldrían los de Méjico al verse en aprieto.

A no ser por temor de que se abastecieran de víveres, Cortés les hubiera dejado libre aquel paso, en razón á que contaba con grandes elementos para combatirlos mejor por tierra que por agua, y porque era partidario de aquella máxima: «Al enemigo, si huye, hazle la puente de plata.»

Capítulo CVIII.

Valor y desesperación.

Adivinaba Cortés, con ese instinto maravilloso que distingue á las organizaciones privilegiadas, que los mejicanos, á pesar de las derrotas sufridas, no tardarian en rehacerse; y despues de distribuir sus huestes convenientemente para no abrigar temor alguno respecto á las poblaciones de Xochmilco, Culucan, Iztacpalapa, Mexicalcinco, Cuitlabac y otras aliadas ó vencidas, mandó tambien que los bergantines se colocasen á raiz de la calzada, protegiéndole por ambos lados.

Salió, pues, de su real muy de madrugada con más de doscientos españoles y unos ochenta mil indios.

Los mejicanos iban muy bien armados y dispuestos á la defensa, cubrian la parte quebrada de la calzada.

Acometieron los españoles con su acostumbrada valentía, rompiendo por entre aquellas poderosas huestes.

Los indios aliados, animados con su ejemplo, rivalizaron con ellos en bravura.

Los mejicanos opusieron una gran resistencia, colocándose detrás de un baluarte.

La lucha duró más de tres horas.

Hernan Cortés logró al fin desalojarlos de aquel punto, y les siguió hasta la entrada de la ciudad.

Habia allí una torre, y al pié de ella un puente defendido por una magnífica albarrada, por debajo de la cual corría gran cantidad de agua.

Era indispensable para aquel puente.

Pero los indios que le defendian impedian aproximarse á los españoles.

Arrojaban tan gran número de piedras y flechas, que intimidaban á los más valientes.

Los soldados de Cortés empezaban á desmayar ante aquella cruzada resistencia.

El ilustre caudillo, adelantándose á to las sus tropas antes que el desaliento se apoderase por completo de ellas:

—Segnidme todos,—exclamó,—y la victoria será nuestra.

Al mismo tiempo hizo señal para que los bergantines acometiesen por ambos lados, y los enemigos, al

ver el peligro que les amenazaba, abandonaron la albarrada.

Saltaron en tierra los que tripulaban los bergantines, y despues en ellos y á nado pasó todo el ejército.

Cortés ordenó que los indios de Tlascalá, Güexocingo, Cholula y Tezcucó cegasen con piedra y adoves aquel puente.

Los españoles continuaron avanzando.

Nuevas luchas, más encarnizadas si cabe que las anteriores, tuvieron que sostener con los enemigos, que peleaban con el valor de la desesperacion.

Por fin ganaron otra albarrada que estaba en la principal y más ancha calle de la ciudad.

Persiguiendo siempre á los enemigos, llegaron hasta otro puente, en donde se habian replegado.

Habian cortado, despues de pasar la única viga de que constaba, y los españoles no tenian otro recurso que atravesar á nado.

Comprendieron que seria una temeridad efectuarlo, porque su muerte seria segura.

Además, desde las azoteas de las casas les hacian un daño terrible, y Cortés dispuso que la artillería hiciese algunos disparos, al mismo tiempo que los arcabuces y ballestas.

Esto aterrorizó á los enemigos.

Algunos empezaron á abandonar sus puestos.

Los españoles entonces se arrojaron al agua, y á nado ganaron la opuesta orilla.

La confusion que esto produjo en el ejército mejicano

cano decidió la victoria en favor de las huestes de Cortés.

Todos huyeron despavoridos, y abandonaron la albarrada que habian defendido durante dos horas.

Pasó el ejército, y el ilustre conquistador dispuso que los indios cegasen el puente con los materiales de la albarrada.

Los españoles, acompañados de muchos de sus aliados, corrieron al alcance de los fugitivos, y á dos tiros de ballesta hallaron otro puente; pero sin albarrada, situado junto á una de las principales plazas de la ciudad.

Colocaron un cañon, con cuyos disparos sembraban la muerte en el campo enemigo, y cuando los mejicanos empezaron á desmayar al ver diezmados á sus hermanos, jugando el todo por el todo, se decidieron á penetrar en la ciudad de los españoles.

Los fugitivos quisieron hacer un último esfuerzo.

Corrieron á refugiarse en el templo mayor, dispuestos á defenderse hasta perecer todos.

Pero el mortífero fuego del cañon les hizo abandonar aquel asilo, y al salir los alancearon los españoles.

Estos descansaron allí un rato, entreteniéndose en derribar cuantos ídolos encontraban.

Guatimozin, indignado por la cobardía de sus soldados, reunió á los que habian sobrevivido á aquella batalla, y con la energía que le caracterizaba:

—¡Miserables! —les dijo.—¿Cuándo los mejicanos han vuelto la espalda al enemigo? ¿Cuándo han huído

vergonzosamente, abandonando en su huida á sus hermanos que más valientes que ellos, peleaban con los invasores, y por exceso de su valor, al hallarse en corto número, perecian en aras de la patria?

La muerte es preferible mil veces á la deshonra con que habeis manchado vuestra historia.

Pero aun es tiempo de enmendar vuestra incalificable conducta.

Caed de nuevo sobre los extranjeros, pelead cuerpo á cuerpo con ellos, y pereced todos si es preciso.

Si vacilais, si sois tan cobardes que no quereis volver por el honor perdido, yo solo partiré á su encuentro, para demostrarles que si hay soldados tímidos como el colibrí, tambien hay guerreros que no retroceden jamás.

Estas palabras enardecieron á los mejicanos.

—Quedaos aquí; nosotros iremos al encuentro de los extranjeros, y ó pereceremos todos, ó los exterminaremos por completo.

Y con bélico entusiasmo, con extraordinaria ferocidad, en medio de horrible griterío, rodearon el templo en donde se hallaban los españoles; y los más atrevidos, sin considerar el riesgo que corrían, penetraron en él y comenzó una lucha cuerpo á cuerpo, superior á toda ponderacion.

—Morid, perros,—decían;—si no conseguimos arrojados de aquí, incendiaremos el templo y pereceremos todos.

Muchos soldados españoles, atemorizados por

aquel inesperado combate, huyeron despavoridos, á pesar de los esfuerzos que Cortés y sus capitanes hicieron para detenerlos.

En su huida abandonaron la única pieza de artillería que tenían.

Envalentonados los indios por el triunfo que acababan de obtener, siguieron á los fugitivos.

Afortunadamente para estos, llegaron tres de sus compatriotas á caballo, y alanceando á sus perseguidores, les obligaron á apelar á su vez á la fuga.

Se dirigieron despues al templo, donde se habian hecho fuertes los enemigos, y con cinco españoles de los más valientes subieron las gradas, entraron en las capillas y mataron diez ó doce mejicanos.

Cuando desalojaron por completo el templo, volvieron á salir, y uniéndose á otros seis de á caballo, dieron juntos una carga, en la que perecieron más de treinta mejicanos.

Siendo ya tarde, y deseando Cortés dar descanso á sus soldados, mandó que levantasen el campo.

Entonces tuvieron ocasion los españoles de admirar una vez más la prevision de su caudillo.

A no haberse cegado los canales, no hubieran podido pasar los caballos, y por lo tanto no hubieran podido proteger la retirada.

Antes de abandonar la ciudad, quemaron muchas casas, para que cuando volvieran no pudieran hostilizarles desde ellas los enemigos.